

La Tribu marginada

Patricio Ríos S.

¿Qué clase de tribu conformamos los chilenos? Ninguna, por cierto. Entre otras incontables cosas, nos falta con largura un toqui. Un toqui orgánico: poderoso torso, convocante brazo, mirada visionaria. Un toqui ercillano, en síntesis. Nada mas lejano, hoy por hoy, ¿no?

No somos ninguna tribu, es cierto, pero tal vez lo somos. ¿Qué, sino lenguaje de tribu es la canción popular? Lenguaje de tribu, el de Neruda. Tribu poseyendo, habitando la naturaleza, De Rokha. Materiales tribales, la Mistral, Parra, la poesía tradicional. El grafitti que se toma los baños, las plazas, todas las paredes.

En los días que corren, el lenguaje del gran toqui no es el lenguaje de la tribu. Obvio. Sin embargo, su lenguaje tribu-cidiario -¿tribusidiario?-, pese a sus golpes de voz, de mesa y de estado, no da en el blanco. Todo lo más, desplaza al lenguaje de la tribu hacia la periferia. La literatura, la música, las artes visuales, se hacen marginales. El lenguaje de la tribu se refugia en la marginalidad. Quien quiera reencontrarse, resituarse, reasumirse tendrá que viajar lejos del centro. Hacia la poesía, por ejemplo. Anotación dura de las nostalgias, esperanzas, desganos, turbaciones, miedos de los que habitan un espacio y la historia, la poesía, en su conjunto, es el testimonio vivo de la tribu.

Dos libros de poesía, entre tantos, -de verdad muchos- convocan los sentidos de una realidad tribal dispersa y, sin embargo, reunida en torno a desvelos urgentes, productos de este habitar entre cordillera y mar y, no obstante ello, limitar siempre con la miseria, como lo estableciera Violeta Parra.

Miseria social, la de Jorge Montealegre (*Título de dominio*, Ediciones Tragaluz, Santiago 1986); precariedad existencial y antropológica, la de Ricardo Willson (*Invocaciones*, Las Ediciones del Ornitórrinco, Santiago, 1987). Ambos son poetas treintaafñeros y comparten un espacio vital y estético con muchos otros del Chile de adentro y de afuera. Atmós-

fera estética que busca en el fragmento, en el coloquialismo, en la ironía, en la narrativa, la llamita del sentido. Confianza en la palabra, pues. Neomodernidad, después de todo. Vallejo, Parra, Huidobro que guiñan un ojo, en el fondo de este tiempo poético. Libros que han de leerse en cuanto tales, es decir, a la orilla de un significado global que se desgrana de fragmento en fragmento, de página en página, hasta el final.

Dos libros distintos, sin embargo, por cierto y por suerte.

Título de dominio

Este, el quinto poemario de Jorge Montealegre -lo precedieron *Huiros*, *Lógica en Zoo*, *Astillas*, *Exilios* (en colaboración con Bruno Serrano) - posee una simplicidad formal rigurosa. Sus únicos soportes discursivos: un nosotros y un yo. Los hablantes líricos enmarcan dos espacios definidos y autosuficientes que, al alternarse de manera sistemática de página en página, allegan ecos diferentes: los del conjunto, los del individuo.

El "cada uno de nosotros" que introduce todos y cada uno de los fragmentos del nosotros, representa el terreno donde sucede la vida de la tribu. De puro marginada, vida infra o sub: "Cada uno de nosotros/ busca una casucha en este basural donde la mosca zumba/ rasante/ sobre tanto perro muerto./ Los gusanos se multiplican y la rabia/ es contagiosa en este peladero: el mejor amigo muerde/ reclamando los huesos/ que enterramos bajo el agua servida".

Esta misma atmósfera de un descriptivismo calzado, desnudo, pero simultáneamente plagado de latencias, envuelve los 22 poemas que componen el espacio del nosotros. ¿Crónica roja? ¿Tremendismo? No. Nunca la mirada de melodrama, la búsqueda de la conmiseración del lector. Presentación de una manera de existir en la generación social, eso sí, en la que todavía palpita la dignidad de lo vivo y de lo humano: "Cada uno de nosotros sueña



Ricardo Willson

con abrir una alameda en este campamento/ podando los árboles/ que crecen con la yerba en toda la manzana./ Los muchachos/ comparten aspiraciones con la cuatro esquinas y confunden/ los arrabales con los arboles/ que brotan de las nubes del humo alucinante."

Tribu compuesta por abuelos, niños, patotas, mujeres, gente que juega el fútbol existencial de la sobrevivencia en la pelea por un hueso: "Cada uno de nosotros/ es un mediocampista que tira de la camiseta en esta pelotera/ un hachero/ que pateca las canillas atajando el contragolpe".

Las marcas de un subdesarrollo agobiante tejen su evidencia sin renuncias. El deterioro físico del espacio tribal propone permanentemente la imagen de una población marginal, de un campamento. Ello, sin embargo, no es más que parte del juego. En la estrategia discursiva, ciudad y campamento se identifican. No hay diferencias. Oficios -vendedores ambulantes, cantores callejeros-, costumbres -el fútbol, elevar volantinés-toponimias -la Catedral, calles- padecimientos -la vigilancia de la dictadura- hablan de la ciudad y no sólo de un sector. Santiago, un campamento: "la virgen del Cerro San Cristóbal contempla una ciudad-animita/ en su calvario".

La trama discursiva del yo, a su vez, integra a los materiales de la experiencia colectiva, la conciencia de aquel que escribe. Son, también, 22 fragmentos, cada uno de ellos compuesto por cuatro versos. Se trata de un yo mediatizado por una cultura personal, llena de citas, de nombres o de eventos -Lassie, Marcial, Pelé, San Sebastián, la nueva trova, etc.- que acerca una respiración a saltos, arbitraria, hetero-

génea. Indices de una conciencia oculta, hecha con los estímulos de una cultura enciclopédica, occidental y su sub-cultura, estos fragmentos se erigen como el testimonio de la vigilancia del aparato cultural sobre las experiencias cotidianas de la tribu. Un mapa por el que ha circulado y circula una conciencia poética desgarrada.

Invocaciones

Desgarro también en las modulaciones de Ricardo Willson. Su proyecto poético, sin embargo, está muy distante del que se acaba de comentar. Desde el inicio, los versos introducen una complejidad de recursos líricos: varios hablantes, máscaras que se irán entregando lentamente, diversidad de niveles discursivos, etc. En medio de la orquestación, predomina el modo de las confesiones escuchadas y el de las confesiones proferidas. Alguien le habla a otro, alguien oye y transcribe. ¿Con quién se habla? Tres obsesiones a lo largo de estas páginas: Dios, una materia humana densa, contradictoria y sexuada/la Patria. Con ello se habla.

Un aliento místico apuntala. El amor se erige en interrogación mayor. Cuerpo y

alma construyen las imágenes nucleares de una maquinaria lírica que alude sesgadamente. El cansancio de Dios se convierte en nostalgia del mismo. ¿Nos espera el Paraíso? Tal vez. Pero el Paraíso está ya aquí, en el deseo. Tensiona, se introduce, circula por la materia humana quebradiza, doblada sobre la contradicción, apenas sombra asomada a la luz, luz que se asordina en sombra.

Desde aquí, el universo poético de Willson procede por acumulación. Segmenta una imagen -que también es máscara-: la prostituta, la amada, la madre, las establece poéticamente en cuanto quebraduras de una misma sustancia y luego las transforma apuntándolas directamente contra una utopía más bien mística y cívica, contra sueños de animales perfectamente éticos.

Entonces la Patria, último eslabón de la cadena de transformaciones. El relato implícito que teje el juego poético, permite asistir, como a la deriva, a otro paisaje, insinuado ya antes. Desde una conciencia sesgada, polifacética, pero enmarcada en el escenario del individuo, a la situación plural y otra de la Patria: "De tus bellas estaremos/ los chilenitos de siempre de

rodillas/ Los mismos de ayer enjuagándonos/ la Mamaria en tus carnes/ con el agua bendita:/ Limpiamos el cuerpo de tu alma."

¿Dulce Patria? No. "De tus caprichos fuimos la sangre./ Cuerpos escupidos por las piedras./ Animales de los campos bordados./ Desaparecidos/ Total/ ya te habías encogido de hombros." Patria o abandono.

¿Dulce Patria? ¿Madre dulce? NO, mala madre:"Vivimos como tales/ como tales nos tratan/ porque ya no tenemos madre/ la patria que nos parió." Paridos, abandonados, olvidados -la mala madre, "la puta madre" -los hijos reclaman regazo. Ya que no en la historia hoy, en el amor.

Viaje al centro mismo del corazón de la tribu, el libro de Willson es investigación y afirmación del amor. De Dios, a lo humano, a lo cívico, conduce siempre el amor, el puente, el que puede adecuar la mirada:"porque al otro lado Chile de los muros/ estaban despiertos tus campos bordados".

Habrà que reunir, convocar a esta tribu. En sus palabras, en su poesía, no existe el estado de sitio. ■